

1917).

Un historiador inglés—quisiera recordar que Macaulay—ha escrito que las libertades políticas o civiles de Inglaterra se deben a que siendo una isla y no necesitando por lo tanto para defenderse de agresiones extranjeras, ejércitos permanentes, no pudieron servir de éstos los reyes para oprimir al pueblo. Y sea de ello lo que quiera, es lo cierto que los ejércitos permanentes y más los mercenarios, compuestos en pasadas edades de extranjeros en cada país, han sido instrumentos de opresión al servicio de monarcas y de tiranos.

La decadencia romana, eterna lección de la tesis del imperialismo, fué la época clásica del pretorianismo y nuestros pronunciamientos, aunque se hicieran a favor de las llamadas libertades populares, no eran más que estallidos pretorianos, estallidos en que los agentes principales solían ser los sargentos. Recuérdese el motín pretoriano de la Granja en 1836, dirigido por sargentos, Higinio García a la cabeza de ellos.

Las revoluciones, las verdaderas revoluciones son otra cosa. Las revoluciones son de origen más propiamente popular. Es el pueblo y no el ejército el que las hace o un ejército que sea el pueblo en armas. Las guerras napoleónicas tuvieron un cierto carácter revolucionario, pero es que Napoleón no fué un rey de raza, hereditario, sino un aventurero, en cierto sentido un demagogo, elevado a dictador o tirano en el sentido helénico del vocablo, y luego a emperador, y dispuso de un ejército creado por la gran Revolución y para defenderla y extenderla.

Hoy vemos que la guerra, lo que se llama la guerra europea, que es una verdadera guerra civil—civil de una parte, e incivil de otra—se está convirtiendo en una revolución. Y acaso en lo hondo nunca ha sido, aún a despecho de los que la provocaron, sino el principio de la gran revolución social, de la que ha venido preparando el socialismo. Empezó por que unos pueblos en armas, pueblos civiles, tuvieron que defenderse contra la agresión de ejércitos los más profesionales del mundo, pero formados también de un pueblo más o menos domesticado, pero pueblo al fin. Y es peligroso siempre para los explotadores del pueblo el armar a éste.

Hase visto lo que ha ocurrido en Rusia, y como el ejército, que no es hoy ya, y sobre todo después del desgaste de la oficialidad profesional y de carrera del principio de la guerra, más que el pueblo en armas, se pone al lado del pueblo inermes y en vez de atacar a éste se une con él para arrojar a los mercaderes del patriotismo. Y por lo que hace a Alemania, hemos leído que en algunos de los motines que han ocurrido ya en ella por causa de la escasez y carestía de las subsistencias, los soldados, hijos al fin del pueblo, se han negado a hacer fuego contra éste. Y tal suele ser el principio del fin.

Para sofocar por la fuerza motines y revueltas populares son, sin duda, mucho más adecuados los ejércitos profesionales, de personal restringido y como de carrera, de verdaderos soldados—esto es, a sueldo—y mucho mejor aun si éstos son mercenarios extranjeros como lo eran antaño. Y los ejércitos menos adecuados para ahogar en sangre esos motines y revueltas populares son los compuestos de contingentes forma-

dos por servicio militar obligatorio para todas las clases sociales, en que entran jóvenes de toda laya y toda educación y más si son naturales del lugar mismo donde han de ejercer su función represiva o de su región siquiera.

Parece ser una regla maquiavélica de la más elemental providencia para los que emplean el ejército como instrumento de mantener privilegios interiores y de reprimir los esfuerzos que pueda intentar el pueblo para conquistar libertades civiles o sociales, lo de distribuir los contingentes de manera que cada uno opere fuera de su propia región. Y una de las cosas que seguramente tiene que dificultar ese papel represivo y antirrevolucionario del ejército ha de ser, sin duda, el privilegio de los soldados de cuota—mal llamados soldados, pues que no están a soldada, sino que más bien la pagan ellos—de servir en su propia ciudad o villa muchas veces, durmiendo en casa de sus padres, o en otra ciudad o villa que escojan y donde puedan tener deudos, parientes o amigos.

Cuando se introdujo en España el servicio militar universal y obligatorio y uso de los soldados de cuota, vieron ya los militares técnicos avisados las consecuencias que eso podría traer consigo y no tanto para un caso de guerra exterior, con el extranjero, como para un caso de tener que servirse del ejército como de policía interior. Vieron muy bien que la policía armada es un cuerpo de verdaderos mercenarios, como lo es el de la guardia civil, educado y disciplinado para esa función y que aquellos otros impropriamente llamados soldados, el pueblo en armas, podría darse el caso de que se preguntasen la razón que asistía a los que les mandaran reprimir un conato revolucionario y la razón de éste.

Y el pueblo en armas no es, además, la masa en armas. El pueblo, lo que los griegos llamaban "demo", es una cosa, y la masa humana, la turba, su "ochlo", es otra cosa. Los pobres hijos de labriegos a que se arranca de algunos de nuestros campos, donde la gente vive sin civilidad y sin cultura alguna apenas, son muy diferentes de los hijos de obreros de las grandes ciudades y de los muchachos de alguna educación. A medida que la turba se hace

pueblo, el ejército de servicio universal va dejando de ser un instrumento fácilmente manejable.

Hemos oído decir que los mozos de veintiuno a veintitrés años, los que forman el grueso del ejército, son naturalmente reaccionarios y que al verse con un fusil en la mano se olvidan de doctrinas que acaso se les inculcó en el hogar. A pesar de lo que observamos en la estudiantina de hoy en España, tan degradada en general en cuanto a conciencia civil, tan baja y bellacamente reaccionaria o más bien estacionaria, que es peor, nos resistimos a creer eso.

Creemos, además, que ha de ser peligroso—peligroso para los que quieren hacer del ejército sobre todo una policía al servicio de los poderosos explotadores del pueblo—mezclar a los hijos del campo con los hijos de las ciudades, de las verdaderas ciudades civiles. Pareceos que han de tratar de evitar en lo posible una obra de educación mutua.

Inglatera, como decíamos al principio





de este artículo, no necesitó, por ser isla, de grandes ejércitos permanentes ni, por lo tanto, de servicio militar obligatorio y su pequeño ejército lo fué de mercenarios. Pero he aquí que metida en la gran guerra, o mejor en la gran Revolución europea por asentar la libertad civil de los pueblos y la democracia, se ha visto forzada a poner a su pueblo todo en armas. Y ese pueblo se está haciendo más pueblo, se está haciendo más civil y no militar—aunque esto parezca paradoja a los mentecatos—en los campos de batalla de Flandes y de la Champaña. Ese ejército así formado no podrá servir, al volver vencedor a la patria, para oprimir al pueblo. Es más de creer y esperar que sirva para terminar su emancipación social. De lo ocurrido en Rusia no hay que hablar más por ahora aquí.

¿Y en Alemania? ¿Servirá ese pueblo en armas para conquistarse su libertad civil y política cuando se convenza de que como ha dicho egregiamente Wilson, no se va contra él? Será lo que tarde en desengañarse, aunque ha de tardar mucho en ello. No en vano se le ha estado durante años alimentando de absurdas leyendas. La obra de la famosa Kultura ha consistido en hacerle creer que su prosperidad y su bienestar están indisolublemente unidos a la supremacía del militarismo imperialista.

Creemos que con la guerra acabarán los ejércitos permanentes a la manera antigua y quedará, a lo sumo, algo parecido a la milicia nacional suiza. El pueblo será policía de sí mismo. Porque ya es hora de que la policía empiece en todas partes a dejar de ser un cuerpo que se emplea para defender las resistencias de los poderes públicos a satisfacer las legítimas peticiones de los pueblos, cuando no un arma electoral y al servicio del caciquismo.

Se está librando la gran revolución de los pueblos; están luchando los pueblos civiles, puestos en armas, contra unos ejércitos imperiales, que a tal condición les han reducido a otros que debieran haber sido pueblos civiles también; es el combate supremo de la democracia. Democracia que sólo tendrá su coronamiento cuando todo ciudadano sea maestro, sacerdote y, si llega el caso de serlo, guerrero, y se acaben las clases, como tales clases, esto es, profesionalizadas, de maestros, sacerdotes y guerreros, se acaben el pedagogismo, el clericalismo y el militarismo.

MIGUEL DE UNAMUNO

(Prohibida la reproducción sin citar la procedencia.)

